

LIBRO SEXTO

I

Los dos hijos de Amurat, Yacub y Bajazet, queridos de su padre y de los otomanos por su intrepidez y buen comportamiento á la cabeza de sus tropas, merecian igualmente la herencia paterna. El imperio, que no recaia aun por una ley determinada, en el primogénito, podia ser destrozado en campo raso por los dos competidores del trono y vengar así á los cristianos por la mano misma de los musulmanes. Yacub no era ménos adorado por los soldados, que

mandaba, que Bajazet por los suyos. El voto del ejército era pues tan dudoso como el éxito de un combate. La corona, teñida en olas de sangre, hubiera dejado heridas profundas y resentimiento en los vencidos, eternas venganzas en los vencedores. Las tropas, indecisas y pronunciando ya nombres diferentes, amenazaba con graves sediciones al primero de los dos hijos que se apoderara del imperio.

Amurat, consternado por la muerte de Saudji, su hijo primero y su primer rebelde, habia aplazado hasta su muerte la designacion al trono de Bajazet, su hijo predilecto. Tal vez habia temido que la preferencia ofendiese el orgullo y provocara la envidia de Yacub. Castigar de muerte dos veces á un hijo rebelado ú ambicioso, le pareció un esfuerzo superior á su ánimo; así, ó habia puesto las cosas en manos de la Providencia, ó habia dejado este crimen para su heredero. Además, segun se ha visto mas arriba, por la correspondencia confidencial de Amurat y Bajazet, este y Yacub se amaban como dos hermanos mucho mas que se aborrecian como rivales pretendientes del imperio. Yacub, irreprochable y obediente, participaba mas de la virtud de su tío Alaeddin, que de la ferocidad de su padre Amurat, ó del ímpetu belicoso de su hermano Bajazet. Se habia tambien acostumbrado á las preferencias de cariño y de mando que

Amurat daba á este último. Mas que Yacub, inquietaba su partido en el ejército al beglerbeg, al gran visir y al consejo de ministros de Amurat acerca del advenimiento posible de Bajazet al trono de los otomanos.

II

El gran visir Ali-Bajá, confidente de todos los pensamientos y depositario de todo el poder del sultan difunto, se apresuró á convocar, sin conocimiento y en ausencia de Yacub y Bajazet, que lloraban á su padre, ese divan ó consejo de los principales ministros y de los generales mas acreditados por su sabiduría y por su prestigio. Este divan se reunió secretamente en la noche que siguió á la batalla, en la tienda y cerca del cadáver de Amurat, que parecia presidirlo todavia. Los historiadores otomanos, bien por ignorancia ó por discrecion, no refieren lo que se habló en aquel consejo nocturno; solo citan este pasaje del Coran, dictado por Mahoma á sus sucesores, pasaje que justificaba de antemano los recelos de los sultanes que subian al trono y los crímenes de familia : *Mas vale un suplicio que una rebelion!*

Este fué evidentemente el texto sanguinario comentado por el visir y los ancianos compañeros de Othman. La muerte de Saudji, que no habia hecho vacilar á su padre, les pareció sobre el rostro inanimado de Amurat, la confirmacion muda del asesinato que iban á mandar cometer en su nombre. Sea como quiera, algunos tschauschs salieron de la tienda imperial ántes de que amaneciera, entraron en la de Yacub, le intimaron por la salvacion de la fé la órden de morir, lo dejaron orar, y cortándole la cabeza con respeto, dejaron el cadáver tendido en tierra delante de su tienda, para que supiera el ejército al despertar que no tenia mas que un señor, el sultan Bajazet.

III

La rapidez de esta ejecucion mostraba al ejército que la estirpe de Othman no economizaria su propia sangre por la salvacion y por la unidad del imperio. Los analistas griegos pretenden que aquel rayo nocturno, hiriendo ántes del crimen, fué el origen del nombre de Ilderim (rayo) que fué dado despues de

aquel homicidio á Bajazet. Los historiadores otomanos contemporáneos dicen, por el contrario, que el divan y el gran visir se anticiparon á Bajazet, á quien costó muchas lágrimas y mucho dolor la muerte de su inocente hermano. Luego verémos, que este fatal ejemplo, que convierte en crimen el ser uno de los hijos del sultan, y que encomienda á otro crimen el afianzamiento de la paz del imperio, fué en lo sucesivo sino una ley, á lo ménos una barbarie legal del serrallo de Constantinopla, hasta este reinado generoso y blando de Abdul-Medjid, que exaltó la política humanitaria, dejando la vida á sus hermanos y fiando su suerte á la naturaleza en vez de fiarla á los verdugos.

IV

La fatalidad, esta voluntad, consumada del hado, apaciguó toda agitacion del ejército, á la vista del cadáver de Yacub.

Bajazet no dió á sus tropas tiempo para que reflexionaran y se indignaran contra el asesinato de un príncipe adorado de los soldados; lanzóse por la llanura

de Cossova hasta el corazon de la Servia; estrechó, con sus alas abiertas y replegadas los restos del ejército servio, atrincherados en las montañas; recibió pronto la sumision de todos los nobles, y obligó á Esteban, hijo y heredero del trono de Lázaro, á que le jurara fidelidad, alianza y parentesco, prometiéndole para esposa á su hija, muy niña á la sazón.

Libre de toda hostilidad en Bulgaria, en Servia, y en Epiro, Bajazet se dirigió hácia el Bósforo y el Asia, adonde lo llamaban las disensiones del palacio de Constantinopla, en el que la rebelion de los hijos contra el padre y las traiciones domésticas buscaban por árbitros el sable y la ley del enemigo comun de los cristianos. Volvamos á las discordias intestinas de este palacio de los emperadores Paleólogos.

Se ha visto que Andrónico, hijo del anciano emperador Juan II Paleólogo, y su nieto Juan, habian conspirado con el hijo de Amurat, el parricida Saudji, para usurpar el trono de su padre y de su abuelo; no se habrá olvidado que los dos emperadores, igualmente ofendidos, se habian prometido mutua venganza contra sus rebeldes hijos. Amurat habia cumplido su palabra decapitando á Saudji. El viejo Paleólogo habia limitado la suya á privar de la vista á su hijo y á su nieto, mandándoles echar aceite hirviendo en los párpados. Pero los ejecutores de este

tormento, y acaso tambien la indulgencia paternal habian suavizado la terrible sentencia. Andrónico y su hijo Juan, no quedaron completamente privados de la luz. Aun les quedó bastante vista para aspirar de nuevo al trono por el parricidio. Encerrados en un calabozo del palacio de los Blakernes, en Constantinopla, Andrónico ablandó ó corrompió á la guardia, y pidió á Bajazet socorro por medio de cartas contra el emperador, su padre.

Bajazet, á pesar del horror que le causaba el cómplice de Saudji, se aprovechó con su rapidez instintiva y su habitual resolucion de esta coyuntura para intervenir en las disensiones de la familia imperial. Púsose á la cabeza de diez mil hombres de tropas escogidas y marchó por los bosques de Belgrada hácia Constantinopla, cuyas puertas le abren la cobardía de los griegos, y sus inteligencias con Andrónico. Pone en libertad á este y á su hijo, corona al usurpador sedicioso, y encierra en una torre, á orillas del mar de Mármara al viejo Paleólogo y á Manuel, su hijo y colega del imperio.

Bajazet entrega las llaves de esta prision á Andrónico, poniendo en su mano la suerte de los dos soberanos destronados. Al ejemplo de los otomanos, que sofocan toda rivalidad y toda aspiracion al trono con el homicidio, Bajazet aconsejó á Andrónico, á lo que

se dice, que consumara su crimen dando muerte á su padre y á su hermano. Fuese escúpulo ó lentitud, Andrónico habia vacilado. Durante su duda, los soldados búlgaros, tropas venales é indisciplinadas que tenian á su cargo la custodia de la torre, abrieron el calabozo, en que estaban encerrados los emperadores, mandaron acercar una barca á favor de las tinieblas de la noche, y bogando con sus augustos cautivos hácia la costa asiática del mar de Mármara, entregaron á Juan y á Manuel en manos de Bajazet. Todo revela que estos búlgaros, corrompidos por el sultan, habian sido instrumentos de su política. Después de haber perturbado el imperio con la rivalidad del hijo contra el padre, le convenia agitarlo tambien con las reivindicaciones del padre contra el hijo. De este modo tenia en sus manos los elementos de la guerra doméstica de aquella desventurada y criminal casa imperial.

Recibió al anciano con los honores de su rango, prohibiendo sus derechos y su venganza. Él mismo dictó en 1390 á Juan y á Manuel un tratado semejante al que los generales romanos dictaban á los reyes vasallos del Asia, á quienes dispensaban su proteccion. El emperador se comprometia por este tratado á pagar anualmente al sultan de los turcos un tributo de cuarenta mil ducados de oro de Venecia, á

dar además en la primavera de cada año un contingente de doce mil cristianos al ejército otomano para conquistar en Europa y en Asia provincias que aceptaran la ley del profeta; en fin á declararse vasallo de los conquistadores de Brusa y de Andrinópolis.

V

Con estas condiciones llevó Bajazet contra la capital de los griegos, para coronar en ella á Juan y á Manuel, el mismo ejército que habia llevado el año anterior para destronar á este viejo.

Andrónico no se atrevió á pelear contra el sultan, y entabló negociaciones, en las que pedia la division del resto del imperio. Este reparto, que lo aniquilaba, favorecia demasiado los proyectos de Bajazet para que no lo aceptara. Constantinopla acógió con dócil entusiasmo al emperador á quien habia llorado. Andrónico fué á reinar en Tesalónica, Rodosto y otras varias ciudades de la costa y del golfo que reconocian aun nominalmente la soberanía de los Paleólogos.

Seguro de la próxima disolucion de esta sombra de

imperio, Bajazet, de vuelta en Andrinópolis, no guardó siquiera á Andrónico la apariencia del respeto que se guardan los soberanos en presencia de sus pueblos. Habiendo sabido que una jóven princesa de Italia, célebre por su belleza, debía atravesar el golfo de Salónica para casarse con Andrónico y reinar con él en aquella parte del imperio, envió á navegar en aquellas aguas á Saridje-Bajá, su visir y su almirante. Saridje se apoderó de la galera veneciana que llevaba á la novia y sus tesoros, y la condujo á la corte del sultan. Enamorado Bajazet de los hechizos de la jóven cristiana, destinada á ser emperatriz de Oriente, se negó á entregarla á Andrónico. Casóse con ella con mucha pompa en Andrinópolis, y la envió como un despojo de la guerra á aumentar el número de las esposas que engalanaban con sus encantos su haren de Europa.

VI

Su audacia crecía con su fortuna. Solo una ciudad populosa quedaba que subyugar en Asia. Era la antigua Filadelfia, capital de un principado bizantino en

el valle que confina con Aidin. Bajazet creyó que no humillaba bastante á los emperadores griegos si no los obligaba á que pelearan ellos mismos contra los últimos defensores de su propio imperio. El rey de Servia, el emperador Manuel y los príncipes de su casa recibieron la intimacion de reunirse á los otomanos para castigar la fidelidad de Filadelfia á Bizancio. Estos príncipes obedecieron, dice Chalcondylo, deplorando su servidumbre. Siguieron á Bajazet en su expedicion á Filadelfia, y para mostrar mejor su celo servil, ellos mismos llevaron á los griegos al asalto de aquellas últimas murallas griegas.

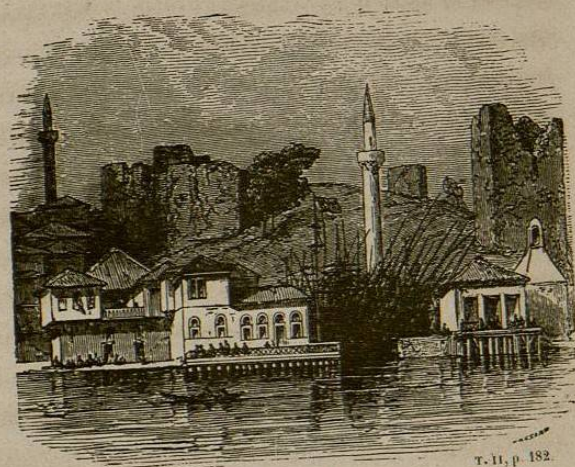
Bajazet puso á su conquista el nombre de Alaschyr, levantó mezquitas sobre los cimientos de las iglesias bizantinas, é impuso un tributo á los habitantes que aplicó á la conservacion de la magnífica mezquita que edificaba, y que asombra hoy mismo á los viajeros que la contemplan desde la colina de Andrinópolis.

VII

Orgullosa con este triunfo, Bajazet marchó con su doble ejército de turcos y de griegos desde Alaschyr

á la Cilicia Petrea, valles y flancos casi inexpugnables del Taurus, adonde se habia replegado el emir mal sometido de Caramania, que obtuvo el perdon y la paz cediendo lleno de temor todas sus ciudades fuertes. El viejo Timurtasch, compañero de glorias de Amurat, fué investido con el gobierno militar de aquellas ciudades y de aquellos valles de la Cilicia. Bajazet le dejó un puñado de turcos suficiente para que respetaran aquellos turcomanos el poder, presente en todas partes, del sultan de Brusa. La celeridad de sus movimientos suplía su número; viva siempre su imagen aterradora en la imaginacion de los pueblos conquistados, podia ausentarse sin inconveniente para ir en busca de nuevas conquistas.

Aun se le creía en Cilicia cuando ya estaba de vuelta en Brusa, habia atravesado con su ejército el Bósforo y abría un puerto en Galípoli para que rivalizara con el de Constantinopla y desafiara las galeras de Venecia, de Génova y de las costas del Mediterraneo. Todavía se admiran sobre los muelles avanzados de este primer puerto militar de los otomanos, las torres colosales que lo protegían. Sesenta buques muy capaces se armaron bajo las órdenes de su almirante Saridje para trasportar en ellos armas y soldados. Esta escuadra amenazó á Samos, Lesbos, Lemnos, Chio, Rodas, Chipre, Negroponto y todas las



GALIPOLI.

islas fortunadas del Archipiélago, que debian únicamente á las olas su independencia, su religion y sus riquezas.

Apremiado el emperador Manuel por Bajazet á que le ayudara á nuevas conquistas contra sus propios súbditos, se humilló sin titubear ante la voluntad de su señor. El mismo mas como suplicante que como vasallo, fué á llevar á Galípoli el tributo impuesto á Bizancio y á conducir el contingente de auxiliares llamado el ejército de la primavera. Negroponto, la antigua Eubea, y la isla de Chio, que acababa apénas de salir de sus cenizas, vieron desembarcar á los otomanos, incendiar sus naranjos y llevarse cautivos á sus hijos y sus doncellas. Este espectáculo consternó los mares y las costas. Juan Paleólogo recobró alguna energía por exceso de terror. En el incendio del Archipiélago vió el prelude del asalto de Constantinopla, y se atrevió á reparar sus fuertes y á construir nuevas murallas sobre el mar de Mármara. El castillo de las cinco torres fué flanqueado por dos torres nuevas que entraban en el agua por un lado, y que defendian por el otro el ángulo de las robustas murallas de la ciudad sobre la llanura de Tracia.

Bajazet sintió ó fingió sentir un ultraje al ver tomar aquellas precauciones contra su poder. Consigo

tenia como rehen en Andrinópolis á Manuel Paleólogo, hijo de Juan. Este jóven servia en las tropas del sultan y bajo sus órdenes, para que aprendiera, decia el emperador, el rudo oficio de las armas. Bajazet lo ponía de guardia á la puerta de su serrallo, como á uno de sus pajes favoritos. Escribió á Juan Paleólogo que si no arrasaba inmediatamente las torres y los fuertes que acababa de construir, haría sacar los ojos á Manuel.

Forzado el viejo á escoger entre la obediencia ó la ceguedad de su hijo, destruyó lo que acababa de levantar, y murió de pesar, de oprobio y de terror en su amenazado palacio. El jóven Manuel, noticioso ántes que el sultan de la muerte de su padre, que le habia comunicado un mensajero secreto, se escapó de Brusa y llegó á Constantinopla con toda felicidad para revestirse con la púrpura imperial. Irritado Bajazet con su fuga, hizo estrangular á los guardias del palacio de Brusa, culpables de negligencia en la custodia del principe fugitivo. Un nuevo tratado, mas humillante que los precedentes para el orgullo cristiano, calmó el resentimiento de Bajazet. El sultan exigió que cadis ó jueces mahometanos administrasen una justicia privilegiada á sus súbditos dentro de Constantinopla, en donde se edificaron muy luego mezquitas frente por frente de Santa So-

fia, como para desafiar de mas cerca al cristianismo de los griegos.

No contento con estas satisfacciones, extendió todo su ejército de Asia por Galípoli, la Tracia, devastando los campos, imponiendo contribuciones á las ciudades, cortando los caminos é insultando á los griegos hasta al pié de sus fortificaciones. Encerrados estos dentro de sus muros, lo único que tenían libre eran sus suspiros. Bajazet, seguro de su terror, y mas seguro de su cobardía, llevó como un torrente sus dos ejércitos de Europa y de Asia contra los valacos y los húngaros, pueblos belicosos situados en la márgen izquierda del Danubio, á quienes tenia por enemigos, sin mas razon que la de ser sus vecinos. Su política, opuesta á la de su abuelo Othman, que contemporizaba con los cristianos, consistia en no dejar hacer al tiempo lo que la actividad puede arrancar á la fortuna. Pero esta vez le faltó esta por apresurarse demasiado.

VIII

Cuanto mas se alejaba de Constantinopla, centro de la molicie y de la corrupcion de los bizantinos

degenerados, encontraba poblaciones nuevas, mas sanas, obstinadas, capaces de luchar contra sus otomanos. Las razas limítrofes del Danubio han bebido constantemente el heroísmo en sus aguas. Los hunos han importado allí cierta barbarie natal, la aventurada intrepidez y el feroz patriotismo de las razas del Cáucaso. Pastores como los otomanos, enamorados como ellos del desierto y del caballo, ese belicoso compañero del hombre, no domados por los romanos, mal sometidos por Trajano, convertidos tarde al cristianismo, no por las armas, sino por el instituto que arrastra hácia lo sobrenatural, regidos por reyes que no conquistaban ni conservaban el trono sino á costa de grandes sacrificios, de grandes hazañas, únicos títulos que impusieran respeto á aquellas gentes, los húngaros parecian colocados por la naturaleza entre las últimas montañas de la Servia y las cadenas montuosas de la Transilvania, en el valle del Danubio, como un ejército apoyado en dos fortalezas, para cerrar á los tártaros el ancho camino del Occidente. Nada es tan semejante al Turkestan como la Hungría, cuyo Danubio es el Oxus, vasto depósito de hombres y de caballos poco adheridos á la tierra, y que forman por consiguiente campamentos con tanta facilidad como ciudades. El aspecto de sus inmensos pastos, vistos por Bajazet desde las mesetas

de Servia y de Bulgaria, cuando hizo sus primeras campañas con su padre, agitaba su sueño ofreciéndole perspectivas de establecimientos para aquellas tribus independientes de turcomanos, demasiado numerosas y demasiado tumultuarias en Asia en derredor suyo, y que se extenderian anchamente por las llanuras del Danubio. Bajazet no temia ya nada junto á Brusa de los griegos vencidos ó enervados; pero temia á los emires de la Bithinia, de la Cilicia, de la Capadocia, de la Colchida, de la Armenia, de la Siria, que podian hacer alarde de mas independencia que la que convenia á la supremacia de los hijos de Othman. El móvil secreto de su política era pues echarlos á Europa, inundar con ellos los llanos del Danubio para afianzar su imperio asiático. No se puede negar que esta política del tercer sultan de los otomanos era al paso que instintiva previsorá. Bien podia ocultarse á los mismos otomanos con el entusiasmo de la guerra y el pretexto de la fé. Bajazet, agitaba y removia alternativamente la Europa y el Asia para establecer el sobrante de los turcos, sobre el Bósforo, cerca del Danubio. Pero habia calculado mal los grados de resistencia que iba á encontrar en aquel desbordamiento sistemático de los otomanos. Aun se ve en este tiempo, que las provincias del otro lado del Danubio, las últimas en someterse á los sul-

tanés, han sido las primeras tambien en recobrar su absoluta independencia ó su libertad federal. Cinco siglos no han podido subyugarlas; los bosques conservan las nacionalidades.

IX

Estos madgyares, procedentes del Asia septentrional, mezclados entónces con los dacios, antiguos habitantes de las llanuras de la Hungría, habian buscado á sangre y fuego su asiento en el Norte de la Europa como lo buscaban los turcos en el mediodía. Entre los despojos que se llevaron de Alemania, de Francia y de Italia, habian trasportado el cristianismo á sus estepas. Una dieta ó asamblea de los jefes nombraba á su rey en Buda, que era su capital. La Rusia, la Polonia, la Bohemia, el Austria, la Bulgaria, la Albania, la Grecia, habian sido una tras de otra devastadas por ellos. La guerra era su naturaleza. Habian bajado hasta Zara, situada sobre el Adriático, que habian arrebatado á los venecianos. Sus príncipes, ocupando varios tronos por medio de matrimonios, y entre otros el de Nápoles, eran considerados

como poderosos auxiliares y admitidos en las grandes ligas de los reyes de la cristiandad. La victoria seguia siempre sus pasos. Recientes trastornos habian perturbado y ensangrentado el reino de los madgyares. Despues de la muerte de uno de sus reyes mas políticos y mas belicosos, el rey Luis de Hungría, su hija María, adorada del pueblo, habia sido proclamada, no *reina*, sino *rey* de Hungría, para dar á entender que la nacion habia querido un reinado viril bajo una niña. Carlos, rey de Nápoles, envidió la corona de esta jóven y la destronó. La madre de la reina, apoyada por los nobles, habia hecho asesinar al rival de su hija. Los croatas madgyares semi-salvajes de las costas del Adriático se apoderaron de las dos reinas para vengar la muerte de Carlos. Mataron á la madre, y encerraron á la hija en una torre de Alba-Real.

Sigismundo, margrave de Brandeburgo, cuyo matrimonio con María estaba ajustado ántes de tales reveses, la libró de su prision y recibió en recompensa su mano y el trono de los húngaros. Este príncipe, en quien lo político, lo caballero y lo heróico se juntaban para hacer de él un grande hombre, debia ser elegido un dia emperador de Alemania. Entónces no era mas que un guerrero apostado en la brecha de Europa para defenderla contra la invasion

de los tureos. Amenazado por Bajazet, abandonado por los búlgaros, vencidos ya los servios, da el grito de alarma, llama á los pueblos y príncipes cristianos á otra cruzada defensiva, y forma con todos estos elementos diversos un ejército ansioso de pelear bajo sus órdenes. Uno de sus bastardos, Juan Huniades, el héroe húngaro que debia consumir la salvacion de su pueblo despues de su muerte, habia ya venido al mundo. El destino, por uno de sus augurios, que son las profecías de los grandes caracteres, presagiaba en aquel niño alguna cosa misteriosa y grande. El niño habia nacido de los amores secretos de Sigismundo con la hermosa Isabel Morsinai, cuyo corazon y cuya patria habia conquistado Sigismundo en una de sus expediciones contra los valacos. Isabel habia seguido al rey Sigismundo á Buda, vivia léjos de la córte del rey é inaccesible á los celos de su familia en una cabaña de los bosques que cercaban la ciudad. Un dia, en que el niño Huniades jugaba en un escampado del bosque con el anillo de Sigismundo, que habia sacado del dedo de su madre, un cuervo, atraido por el brillo del oro, se lanzó sobre el niño, y se llevó el anillo en el pico á la cima de un encino. Matías, hermano de Isabel, testigo del dolor de su hermana, á quien tal vez regañaria Sigismundo por la pérdida de aquella prenda amorosa, mató al cuervo de un

tiro de ballesta, y devolvió el anillo al niño. Este fué el origen del nombre de Corvino, que fué mas tarde el dictado de la dinastía húngara de los hunos y de las armas de esta casa real, en donde se ve á un cuervo que llevaba un anillo en su pico.

X

Veinte mil franceses, italianos, borgoñeses, alemanes y croatas habian acudido al llamamiento de Sigismundo para pelear contra Bajazet. El ejército del sultan, dividido en muchas columnas, se extendió al mismo tiempo por la Bulgaria, la Servia, y la Valaquia. Las montañas resistieron, la llanura se sometió; Myrtsche, príncipe de los valacos, se declaró vasallo y aliado de los otomanos. Desde esta capitulacion, la Valaquia fué y permaneció constantemente unida al imperio otomano. Sigismundo rechazó con sus generales los ataques de los turcos en las mesetas de la Bosnia. Los hielos separaron á los combatientes. Los turcos no habian logrado la menor ventaja en esta campaña.

Sigismundo, alentado por las vacilaciones de los

otomanos, atravesó el Danubio en la primavera del año de 1392, y puso sitio á Nicópolis, baluarte de los otomanos en las llanuras inmediatas al rio. Este fué el escollo de su gloria. Bajazet acudió de Andrinópolis, y reuniendo á todos los generales dispersos en Bosnia, Albania y Tracia, colocó atrevidamente el ejército cristiano de Sigismundo entre la ciudad y su campamento. Provocados los cristianos en el momento de ir á apoderarse de Nicópolis, aceptaron temerariamente la batalla que les presentaban las hordas tártaras, que juzgaban muy inferiores en valor y en táctica. Pero los turcos tenian en su favor su ímpetu y su fatalismo religioso. Los húngaros combatian por la patria, los cruzados por el honor, los otomanos por difundir el islamismo. Veinte mil húngaros, franceses, bohemios y alemanes, cubrieron con sus cadáveres el campo de Nicópolis. Al ponerse el sol, no quedada de la numerosa liga de Sigismundo mas que muertos, esclavos, ó fugitivos, extraviados en los bosques de la Bulgaria. El mismo Sigismundo, no pudiendo repasar á nado el Danubio desbordado, iba á perecer bajo el sable de un spahis de Bajazet, cuando uno de sus ginetes, Blasius Czerei, recibió voluntariamente el golpe por su soberano, y guiándolo á pié, á pesar de su herida, lo condujo á Buda á través de la Italia.

El nombre de Bajazet bastó despues de la victoria para contener pacíficos á los habitantes consternados de las márgenes del Danubio.

XI

Un mensajero de Brusa le trajo al campo de batalla noticias de Asia, que compensaban tristemente su triunfo en Europa. Timurtasch, su teniente en Bithinia, se habia dejado sorprender por una nueva revuelta del emir de Caramania. Las tropas de Bajazet habian sido dispersadas por los insurgentes de este emir. Timurtasch habia caido prisionero; Brusa amenazada temblaba dentro de sus murallas. La sublevacion de los caramanios salvó la Hungría. Bajazet atravesó con la rapidez del rayo la Bulgaria, la Tracia, el Bósforo, y reapareció con dos ejércitos victoriosos en las pendientes del Olimpo. El emir de Caramania se arrepiente de su audacia, se disculpa y ofrece una reparacion. Bajazet no escucha mas que su venganza, ataca y derrota á los caramanios en la llanura de Akstchai, coge y encadena al emir Alaeddin y á sus dos hijos, y los confia á Timurtasch,